



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13230

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MARTES 19 DE DICIEMBRE DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Oumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Renace la calma

Y si no renace debe renacer. ¿Quién se acuerda en los días que corremos de otra cosa que no sea las que nos promete el fin de la semana?

La cuestión escolar se acabó por cansancio de todos. del ministro, de los catedráticos y de los alumnos. Si algo quedaba de rescoldo, cayeron sobre él las vacaciones haciendo el papel de jarro de agua fría. Ya hasta el año entrante no resurgirá—si es que resurge—y para entonces Dios dirá.

La cuestión catalana está tranquila. Andará la procesión por dentro, pero en la apariencia nada ocurre. Verdad es que están las garantías en sus penos; pero esa circunstancia que se opone á los *metings* banquetes y desplantas más ó menos políticos y un tanto soeces los últimos, no priva los banquetes familiares y á eso vamos, á preparar la mesa para comer á dos carillos en las proximas pascuas.

La cuestión penaguda la de los peluqueros de Madrid, también se acabará por consunción entre el público que opta por afeitarse solo y el temor a perder los aguilados, harán mas para acabar la huelga que todas las gestiones que han hecho hasta ahora las autoridades.

La calma renace; cada cosa va quedando en reposo en su momento: los estudiantes por las vacaciones; los peluqueros por los aguilados; los representantes del país... también se aquietarán cuando les llegue el turno, que será cualquier día de los que quedan de aquí al domingo proximo. Ahora todo es intransigencia. propósitos de no dejar el puesto abandonado; pero así que se asome por Oriente el sol del 23 anunciando que va a hacer su aparición el *gorro*, verán nuestros lectores como desmayan los empeños. Y no digamos nada cuando el cartero lleve la cartita mensajera de la impaciencia de los chicos. Cuántos dirán «ahí queda eso» y sin hacer caso de Maurá, Mon-

tero, Moret ni Salmerón, añadirán: «Antes que todo la familia».

Hay precedentes y sabido es que aquí los precedentes lo solucionan todo. Presupuestos ha habido á cuyo alrededor han combatido las pasiones con extraordinaria gallardía. Se ha llegado á la sesión permanente. Se ha hecho obstrucción desesperada; pero todo ha tenido su límite en esa vispera de la Nochebuena, cuando individualmente cada representante ha sometido á su Yo, para que la discuta, esta proposición: «¿Sacrificó la política á la Pascua ó mandó la política a paseo hasta el nuevo año?»

El resultado de semejante discusión es siempre el mismo: arreglo de maleta, tomadura de tren y a casita.

Ahora ocurrirá lo de otras veces, si, cual dice el refrán, «la experiencia es madre de la ciencia». Hoy tomará velocidad la discusión del presupuesto. Mañana aumentará. Al día siguiente serán mas cortos los discursos. Al otro se salvarán las intenciones y cuando las horas para tomar el tren estén contadas surgirá el presupuesto aprobado, no sin que por parte de los que dirigen la política se prometa el oro y el moro para el presupuesto siguiente.

Y con esto Moret Maura, Montero y Salmerón podrán dedicarse tranquilos á comer el pavo, quedando todo como balsa de aceite.

Si no sucede esto sucederá otra cosa; pero podremos decir asombrados:

¡De esto no habia precedentes!

Tres poesías

Del número extraordinario que en memoria del laureado poeta alcañino don Carmelo Calvo Rodríguez ha publicado el periodico alcañino «El Beneficent del Secretariado», trasladamos á las columnas de nuestro periodico estas tres poesías inéditas del inspirado vate.

A LOS DOS

Con fé que es luz sin medida,

y amor que es eterna luz habéis ganado una cruz en la lucha de la vida.

Y esa cruz que testimonio da de probado valor, esa es la cruz que el amor obtiene en el matrimonio. Llevada con fe los dos ya que supisteis ganarla, porque aquél que sabe honrarla, le ayuda á llevarla, Dios.

SETENTA AÑOS

Cumplí setenta y de la triste vida recorri casi todo mi camino, y sin ser agorero ya advino que le muerte á seguir me convida.

A pesar de que siempre inadvertida llevo cañada de sorpresa vino, yo sé que no de morir, que eso es mi sino, y no temo el fin de la partida.

Y no lo temo, por que si es la nada el fin de tanto afán y tanto anhelo, descansaré mi alma acorrajada.

Y si queda otra vida, otro consuelo d' tras de esta existe una desdichada mi espíritu inmortal volará al cielo.

TRISTEZAS

Bien sabes, oh Señor, que no me espanta la muerte con su tumbre atavio; bien sabes que la fe en el pecho mío cuanto más viejo soy, mas se agiganta.

Bien sabes que las sombras que levanta la muerte con su aspecto torvo y frío, no por ser su color triste y sombrío la calma augusta de mi ser quebranta.

No temo yo por mí, temo que un día en ese porvenir vago é incierto, que puede ser de pena ó de alegría, para llegar al suspirado puerto, falte á mis hijos la mirada mía y echen de menos á su padre muerto.

LOS EFECTOS DEL FRÍO

Entramos en la época del año en que los hombres se dividen en dos bandos: los que son partidarios del frío y no lo temen, y los que, á fuer de filolentos, le declaran una guerra sin cuartel.

En todas partes se discute acerca de si conviene ó no resguardarse del frío, y como en este mundo se dá la razón al que

más chillá, de ahí que de continuo se oiga repetir que el frío vigoriza el cuerpo que conviene abrir puertas y ventanas, apagar chimeneas y braseros y guardar los abrigos de pieles.

Pues bien, á los que sistemáticamente se muestran partidarios de las temperaturas glaciales, conviene preguntarle en nombre de la higiene, si han estudiado la cuestión del balance del ácido carbónico en el organismo.

El ácido carbónico se forma constantemente en nuestro organismo. Los tejidos del cuerpo, en el continuo movimiento de sus funciones, dejan entre otras exorias, una regular cantidad de ácido carbónico, y como éste es un veneno existe un mecanismo para eliminarlo tan pronto como se forma.

Los tejidos dan á la sangre el ácido carbónico que producen, y la sangre se deshace de él por la vía química ó lo lleva á los pulmones para arrojárselo cada vez que se aspira el aire de ellos.

Este mecanismo está de tal modo regulado, que aun cuando el ácido carbónico se produce en cantidad bastante elevada, no puede acumularse en el organismo en proporciones tales que le hagan temblar.

Pero como el espacio de tiempo que la sangre está en contacto con el oxígeno es tan corto, no puede desprenderse de todo el ácido carbónico, y cuando emprende su viaje de vuelta á las profundidades y á las extremidades, aún contiene ácido carbónico, y basta que por cualquier causa se produzca un obstáculo á la ventilación pulmonar para que el organismo entre en un periodo de envenenamiento por el ácido carbónico, para que se produzca la *carbonacidosis*.

Cuando dormimos, el organismo continúa elaborando ácido carbónico en igual cantidad que durante la vigilia, y en cambio, la corriente sanguínea y la respiración se debilitan.

De esto resulta que al despertar, nuestro organismo está saturado de ácido carbónico, y que la pesadez, el entonamiento producido por la intoxicación de la sangre tarda un rato en disiparse, hasta que la actividad respiratoria ha conseguido hacer cesar el principio de «carbonacidosis».

Son pocos los individuos, por muy robustos que sean, que al saltar de la cama en un cuarto frío no sientan un espasmo de las arterias periféricas en forma de rigidez y falta de tacto en los dedos y leves estremecimientos.

Si esto ocurre con los individuos robustos, imagínese lo que les pasará á los débiles.

En estos organismos el equilibrio se restablece más difícilmente; el espasmo de las arterias periféricas se acentúa bajo el estímulo del frío matutino, y las manos y los pies quedan materialmente congelados, pálidos y fríos como un marmótillo. En los tejidos excluidos de la circulación sanguínea el ácido carbónico se acumula más y más, así es que cuando más tarde las arterias periféricas han vuelto á abrirse, la sangre emplea horas y horas para expulsar el veneno.

Resultado de esto es que la circulación en manos y pies tarda mucho en normalizarse ó no se normaliza, y de ahí causa la falta de individuos que tienen la nariz colorada, las manos amoratadas y los pies como el negro del sermón.

Tales son los efectos que la carbonacidosis produce con la ayuda del frío. Pero á estos disturbios periféricos corresponden otros análogos.

Rechazada la sangre de un punto, se acumula en otro y sucede á las muñecas y su aflujo produce los resfriados, la tos, las mil molestias que acometen á las personas débiles en invierno.

El frío contrayendo y cerrando las arterias periféricas, engendra la carbonacidosis con todas sus malas consecuencias, de lo cual se deduce que el frío no es conveniente y que hay que combatirlo á toda costa, ó con mucho ejercicio ó recurriendo al calor artificial.

CURIOSIDADES

Lo que valen los cuadros

El «record» americano de los precios más cuantiosos pagados por cuadros antiguos es ya conocido.

Un archimillonario de aquel país, Mr. C. Whitney, ha adquirido, mediante la suma de 625000 francos, el retrato, de cuerpo entero, de Mr. Villiers, vizconde de Grandison, que figuró en la Exposición de Amberes, llamando la atención pública por su singular perfección.

Este cuadro, terminado la Exposición de Amberes, fué cedido, por 25000 francos á Mr. Schaus.

La prolongación de la vida

En una Academia de Berlín se está discutiendo actualmente el problema de la

—Díme V. eso, sobrino; yo mismo le á tasar todo esto y volveré para decirle lo que vale, réntimo más ó menos. Oro de alhaja—dijo examinando una cadena bastante larga—diez y ocho ó diez y nueve quilates.

El buen hombre tendió su manaza y recogió el montón de oro.

que Carlos había encargado á París, el joven hizo que lamasen á un sastre de Saumur y le vendió toda la ropa que le era ya inútil.

Aquel rasgo agradó extraordinariamente al padre Grandet.

—¡Ah! Ya está V. como un hombre que ha de embarcarse y que desea hacer fortuna—dijo á Carlos, viéndole vestido de una levita negra de paño inferior.

¡Bien, perfectamente!

—Puede V. creer, tía—contestó el joven—que acabé colocarme á la altura de mi situación.

—¿Qué es eso?—preguntó el buen hombre cuyos ojos se animaron á la vista de un puñado de oro que sobrino le mostraba.

—He retenido mis botones, mis sortijas, todo lo superfluo que poseo y puede tener algún valor; pero como á nadie conozco en Saumur, me proponía hoy suplicar á V. que...

—¿Que compre este?—preguntó Grandet interrumpiéndole.

—No, tío, no; que me indicase V. algún hombre de confianza que...



Carlos habíase enamorado de aquella casa cuyas costumbres ya no le parecían tan ridículas.

Carlos bajaba por la mañana temprano para tener tiempo de hablar algunos instantes, hasta que Grandet iba á entregar las provisiones; y cuando los pa-